

Roberto Suazo

¿MACHO Y HEMBRA LOS CREÓ?

Una historia de la diversidad de
género en el mundo antiguo

PAIDÓS

La diosa andrógina

Cuando todos fuimos mujeres

Que hombres y mujeres son diferentes, eso nadie lo niega. Que los sexos son diferentes, parece una obviedad. Que los seres humanos nacemos biológicamente diferenciados, ¡faltaba más! Ciertamente, es la propia naturaleza la que se encarga de diferenciarnos biológica, hormonal y genéticamente. Por lo general, la diferencia anatómica entre hombres y mujeres se aprecia a simple vista. O, si deseas, puedes ponerla bajo el microscopio. Tal diferencia se expresará comúnmente en la distinta dotación de cromosomas sexuales en los machos (xy) y las hembras (xx) de la especie humana.

Sin embargo, todo en esta vida tiene sus “sin embargos”.

Y es que todo pareciera indicar que la naturaleza no se conforma con lo categórico. Como cualquier espíritu inquieto, disfruta también de las paradojas. Y lo cierto es que, aunque hombres y mujeres seamos diferentes, la propia biología —ese abracadabra que algunos invocan mañosamente para negar la diferencia en toda su amplitud y diversidad— nos informa que no siempre hemos sido tan diferentes.

No parece inadecuado admitir que el ser humano nace de la paradoja, de la posibilidad de que coexistan dos sentidos contrarios, en un tránsito borroso de lo uno a lo otro. Porque es sabido que en un temprano momento de nuestro desarrollo embrionario todos los seres humanos hemos sido hembras “por defecto”. Todos los fetos son femeninos hasta la sexta semana de gestación, cuando se activa el cromosoma Y, el encargado de

impedir que todas las personas se desarrollen biológicamente como mujeres y de reorientar el proceso hacia la formación de un varón. Los pezones masculinos serían un vestigio de aquel primitivo tiempo libre de testosterona, donde todos fuimos mujeres y desarrollábamos órganos femeninos.

Curiosamente, en el mundo uterino, el proceso de gestación de la vida humana se desarrolla a la inversa del mito genésico hebreo de Adán y Eva, aquel relato de tanto prestigio en nuestra civilización occidental que nos cuenta cómo la mujer nació de la costilla del varón. Cromosómicamente hablando, no es Eva (xx) quien se forma a partir del hombre Adán (xy), sino que es este último el que surge a partir de un diseño que es básicamente femenino. Pero decir que Adán surge de Eva no es más que poner las cosas en su debido sitio. Está clarísimo que todo ser humano se origina a partir de una mujer. Eso se puede corroborar remontándose al comienzo de la propia biografía. Y ese origen femenino es algo de lo que ningún hombre, por muy machito que se quiera, puede zafarse.

De modo análogo, los testimonios más antiguos de la humanidad nos recuerdan con insistencia que el sexo originario fue femenino. Vestigios arqueológicos que se remontan al Paleolítico Superior nos muestran que, durante miles de años, las figuras femeninas divinas fueron el centro de un universo simbólico que, a diferencia del orden patriarcal que lo sustituyó y perdura hasta hoy, no consideró el sexo masculino como originario, único y equivalente al género humano. Por el contrario, durante miles de años la mujer aparece como la primera, el ser primordial, como aquella de la que el hombre procede, como la que ha hecho posible lo masculino y la humanidad. La evidencia arqueológica nos enseña también que esa misma humanidad que primero buscó cobijo en la caverna, en el útero de la montaña, para luego emerger desde ahí, continuó honrando su origen en su adoración hacia la figura de la mítica madre Tierra.

Esta feminidad inicial de la vida es representada de modo más ajustado en mitologías diferentes a la hebrea, que observan en la diosa Tierra el origen de todo lo viviente. A su manera, también la cultura grecolatina reconoce en Gaia o Gea, la Tierra, el principio femenino, como el escenario donde se prepara el surgimiento de la vida. Así, en su *Teogonía*, el poeta griego Hesíodo describe a Gea como un principio autosuficiente que “sin ayuda del tierno amor” concibió al dios celestial Urano, vale decir, el principio masculino, allá en el origen de los tiempos.

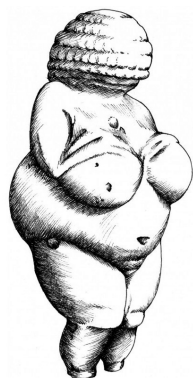
Es también el caso de la Pachamama, diosa madre de los pueblos aborígenes sudamericanos. Aún hoy, los herederos de esta cosmovisión ancestral conmemoran la creación en el embarazo anual de la Tierra, desde donde, pasadas unas semanas, unas lunas, unas crecidas, surge de nuevo la vida hasta entonces escondida, enterrada, metida dentro de su matriz, en su vientre. La tierra es vista como una madre todopoderosa a la que hay que adorar y conformar, pues igual como otorga la vida, la puede quitar. De la Tierra femenina surge también la humanidad —humanidad que, etimológicamente, deriva del latín *humus*, es decir, de suelo o tierra. Alrededor del mundo, diversas culturas ancestrales coinciden en identificar a la madre Tierra como el sitio del cual todos provenimos y a donde todos vamos a parar.

Un rasgo característico del modelo cultural ancestral es su voluntad de acoplarse armónicamente a los ritmos de la naturaleza, tan sabia como voluble y caprichosa, que nos arrastra a todos en su constante proceso de hacerse y deshacerse, morir y renovarse. Así también, a lo largo del tiempo y el espacio, las mitologías más arcaicas girarán insistentemente alrededor de la figura de una gran Diosa madre que, bajo diversos nombres, siempre será representada en estrecha correspondencia con las fases luminosas y oscuras de la luna y los astros, y la alternancia rítmica de la fertilidad y esterilidad de la tierra. Por eso, no debiese extrañarnos que la dinámica ambivalencia de la madre, y no el régimen rígido y binario del padre, fuera por mucho tiem-

po entendida como única ley universal. No obstante, esta ley de la Diosa refiere a un orden de cosas fluido y paradójal, donde lo único de verdad inmutable es el cambio y la impermanencia.

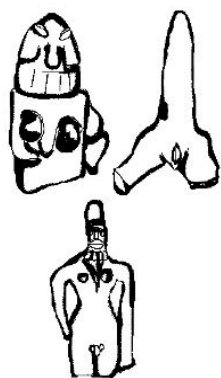
Al insertarse armónicamente en el entramado de la naturaleza, a la que atribuye un carácter tan material como divino, el ser humano observa la vida como una unidad contradictoria, de la cual no es ajeno. De ahí que, en forma sumamente gráfica, las culturas ancestrales representaran lo divino bajo la forma del colosal cuerpo gestante de una diosa, hinchado con la infinitud de cuerpos que albergaba dentro de su cuerpo. Consecuente-

mente, en estas representaciones el cuerpo gestante de la Tierra se convierte en un territorio ambiguo, en ocasiones explícitamente andrógino, donde es difícil discernir los límites entre lo uno y lo otro.



Venus de Willendorf,
figura de la diosa
paleolítica, 25.000 a. C.

Sin embargo, esta imagen arcaica y enigmática no escapa del todo a nuestra comprensión. Es cosa de ver cómo la ambigüedad de la preñez de la madre universal se reitera en todo embarazo. Una hembra embarazada contiene en germen y en potencia la multiplicidad de los seres de la especie, es más que un solo cuerpo indiviso y es más que un solo sexo. Es también quien nos arroja al mundo de los fenómenos, quien nos regala, a un mismo tiempo, la vida y la muerte. Ella es el útero y la tumba. Ella es una paradoja.



Esculturas de divinidades
andróginas.

Curiosamente, en las culturas más apartadas y diversas encontramos relatos sobre el nacimiento de los dioses masculinos a partir de una diosa Tierra que suele ser también una diosa andrógina. Quetzalcóatl, la serpiente emplumada de los aztecas, es señor y señora, nace de una diosa andrógina llamada Chimalma, muere y resucita.

Ngünechen, la máxima divinidad del pueblo mapuche, es una enigmática mixtura de cuatro almas. Es, simultáneamente, una mujer y un hombre ancianos; un muchacho y una muchacha jóvenes. Para los mapuche el número cuatro (*meli*) representa la totalidad, lo sagrado, las cuatro estaciones, los cuatro vientos, las cuatro fases de la luna, los cuatro puntos cardinales y las cuatro esquinas de la Tierra representadas en el tambor ceremonial llamado kultrún. Diríase que la androginia de Ngünechen le permite abrazar esa totalidad múltiple y contradictoria de la vida, que fluye de la mujer al hombre, de la juventud a la vejez, de la cuna a la tumba, y viceversa.



Meli Witran Mapu, las cuatro partes de la Tierra en la cosmovisión mapuche.

Observando cuidadosamente el ambivalente dinamismo de la vida natural; lo que germina, fermenta, se marchita y se pudre; la luna creciente, llena, menguante y nueva; la estacionalidad cíclica de los fenómenos meteorológicos; los ciclos diarios y anuales de los astros, aquella humanidad ancestral, que aún subsiste en el imaginario de los pueblos indígenas, comprendió que dondequiera que se moviera la vida rondaba también la muerte. Esta comprensión es verdaderamente profunda y está colmada de importantes implicancias. Y es que si las fronteras entre la vida y la muerte son borrosas, lo son también todas las demás oposiciones que solemos entender como irreconciliables.

De ahí que la cosmovisión de la diosa Tierra no estuviese lastrada por el binarismo patriarcal. Tal como no oponía la vida a la muerte, no oponía lo humano a lo divino, la vida terrenal a un más allá transmundano, la materia al espíritu. Patrocinaba, en cambio, una amistad íntima y fecunda de los contrarios. De este modo, el pensamiento ambivalente del mundo de la Diosa buscaba solucionar las tensiones y oposiciones propias de la existencia humana sin necesidad de acudir a la violencia, la imposición y el dominio. En lugar de eso, celebraba la contigüidad o unidad íntima de lo que es múltiple o diverso. Y, de forma por

demás consecuente, esta cosmovisión tampoco oponía drásticamente el hombre a la mujer, antes bien reconocía que el ser humano es una unidad compleja y en paradójico devenir. Que el ser humano se compone siempre, y a cada instante, de un hombre y de una mujer.

Los cretenses y la moda unisex



Las jóvenes de azul, fresco de Cnosos.

La imagen corresponde a uno de los frescos hallados en el llamado Palacio de Cnosos, desenterrado en la isla de Creta a principios del siglo xx. En realidad, más que a un palacio de reyes, hoy se sabe que las ruinas corresponden a una de las ciudades más antiguas edificadas en Europa, con al menos cuatro mil años de antigüedad. Junto a la suntuosa arquitectura del complejo, que no pocos confundieron con el laberinto del famoso mito griego, los arqueólogos tropezaron con una serie de preciosos murales que nos hablan de la vida sensual y alegre que habría caracterizado a una enigmática civilización mediterránea. Se trata de la denominada cultura cretense o minoica (en conmemoración del mítico rey Minos de los relatos griegos), cuya existencia se remonta al segundo milenio antes de nuestra era.

Los frescos de Cnosos nos llevan inevitablemente a reparar en las vestimentas masculinas y femeninas de los habitantes de

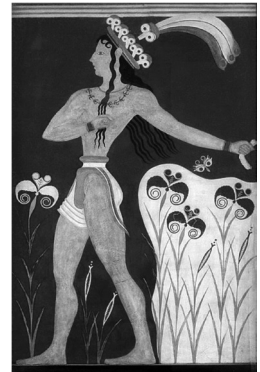
la antigua Creta. ¡Pero qué bien vestían los cretenses! En el extremo opuesto de la moda cretense, se halla la ropa poco llamativa, tan mustia y descolorida, con la que algunas personas acostumbramos andar envueltas, ya sea porque queremos dejar en claro que somos “gente seria” o porque no queremos que se nos acose en la calle.

Apenas fueron descubiertos, estos sorprendentes murales sugirieron que la moda y el arte cretense se habían adelantado miles de años a las tendencias que comenzaron a aflorar recién hacia el siglo xx en Occidente. No es de extrañar, entonces, que uno de los retratos femeninos descubiertos hacia 1910 en Cnosos fuera bautizado como *La parisina*, pues el peinado de la modelo recordaba al de las mujeres francesas de principios del siglo pasado. Algo similar puede decirse del cabello largo en los hombres, tal como se puede apreciar en el fresco denominado *El príncipe de los lirios*. Un estilo que aún hoy suele encontrar resistencia en nuestras sociedades. Baste pensar que en nuestras escuelas este príncipe de los lirios sería recibido a tijeretazos si osara asomarse con su cabellera al viento.

Además del largo cabello, los hombres cretenses llevan el torso desnudo y los brazos adornados con joyas y brazaletes. Usan calzoncillos ceñidos y una especie de delantal corto que deja ver los muslos hasta la cintura. Por su parte, las mujeres se muestran ataviadas con hermosos vestidos que dejan sus pechos descubiertos, de modo similar a las estatuillas de la diosa cretense de las serpientes. Aquellas mujeres bellísimas de cabellos ensortijados vestían



La parisina, fresco del palacio de Cnosos, Creta, 1500 a. C.



El príncipe de los lirios.



Diosa de las serpientes, Cnosos, Creta, 1600 a. C.

siguiendo la moda de la Diosa. Se cree, de hecho, que estas mujeres eran sacerdotisas.

En general, los atuendos de hombres y mujeres cretenses nos hablan de una actitud desinhibida frente al sexo y una invitación constante a disfrutar libremente de los placeres sensuales. Lo que no parece contradecir el hecho de que algunas de las personas retratadas en los muros de Cnosos pudiesen haber desempeñado importantes roles religiosos. Al respecto, se ha sugerido que en la cultura minoica el sexo ritual era una práctica frecuente, una característica que veremos reiterarse en otras culturas muy diversas.

Numerosos indicios sugieren que la civilización cretense pudo haber sido la última exponente de una herencia cultural que podemos rastrear hasta el Neolítico, es decir, el tiempo que vio surgir las primeras prósperas sociedades agrícolas en Europa y Asia menor. Estudios arqueológicos indican que estas primeras civilizaciones preservaron un rol relevante a las mujeres tanto en lo político como en lo religioso. Su cosmovisión se presentaba en total armonía con el mundo de la Diosa madre ambivalente. De ahí también que a estas culturas se las denomine matrísticas o matrifocales.

De hecho, los hallazgos de Cnosos parecen apoyar la tesis de que entre los antiguos cretenses habría prevalecido un modelo cultural centrado en la figura de la Diosa, que difiere de la cosmovisión traída por las tribus patriarcales que, hacia el año 3000 a. C., dominaron Europa y Asia Menor. La iconografía

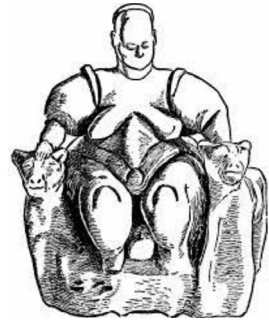
de Cnosos abunda en imágenes de dicha deidad femenina acompañada de serpientes, cuyo cambio periódico de piel simbolizaba el carácter mudable de la vida, y de mariposas, que representan las metamorfosis que llevan del gusano a la crisálida y de esta a la mariposa. Pero, al mismo tiempo, llama la atención que tanto en los frescos como en las piezas arqueológicas halladas en Cnosos, la guerra y sus lazos con el



La mariposa como símbolo de la diosa cretense.

honor masculino sea un motivo que está completamente ausente. Por el contrario, las pinturas cretenses destacan representaciones de atléticos jóvenes ajenos a los tronos, a la guerra y a la conquista.

El patrón se reitera al oriente de Creta y el mar Egeo, en la histórica región de Anatolia (correspondiente a la actual Turquía). En tal región, hace más de medio siglo, se vienen desenterrando las ciudades más antiguas que conocemos, las cuales datan de alrededor del 7000 antes de nuestra era, como es el caso de Çatal Hüyük, descubierta en 1958. Para sorpresa de los arqueólogos, habituados a identificar el progreso material y cultural de las civilizaciones antiguas con el desarrollo de la tecnología militar, estos asentamientos revelaron una forma de vida avanzada que no evidenciaba signos de preocupación por la guerra o la conquista.



Diosa madre en trono de felinos, Çatal Hüyük, 8500–5500 a. C.

¿Dónde estaban los muros y fortificaciones que, supuestamente, debían resguardar los grandes centros urbanos en toda época y lugar? Sencillamente, no había muros ni fuertes. Eran prósperos poblados abiertos. Tampoco se encontró evidencia de herramientas bélicas, aun cuando se trataba de sociedades adelantadas en el conocimiento de la metalurgia. Claramente, algo no encajaba aquí para quienes pensaban (y aún piensan) que la lucha y la guerra son connaturales al ser humano, que “el hombre es el lobo del hombre”, que necesariamente la vida consiste en competir por la supervivencia y en la imposición del más fuerte.

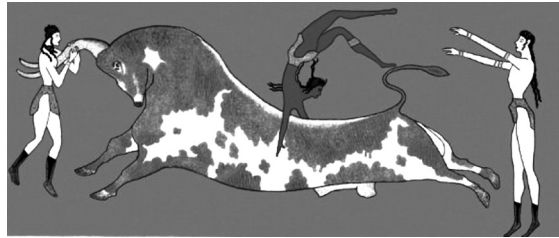
Pero acaso el aspecto más intrigante de estas civilizaciones neolíticas sea la ausencia total de rastros que sugieran la existencia de diferencias jerárquicas entre los individuos. Así, por ejemplo, ni las viviendas ni los sepulcros evidenciaban una jerarquía basada en el género o las clases sociales. Se advierte, en

cambio, la omnipresencia del culto a la gran Diosa, que siempre es representada bajo un aspecto ambiguo, bien como una andrógina o bien embarazada, ya sea amamantando o dando a luz a su hijo-amante, un dios taurino o un macho cabrío —el principio masculino que nace de su matriz y regresa a ella—, personificación de la vegetación que aflora de la tierra en primavera, alcanza su plenitud y madurez en verano, es reabsorbida tras su caída otoñal y yace muerta en invierno, a la espera de la nueva germinación.

Durante milenios, la vida de los pueblos del mediterráneo y el área sudoriental europea también giró en torno al culto a la gran diosa Tierra. Este es el universo cultural que la arqueóloga Marija Gimbutas bautizó como “civilización de la vieja Europa”. Se trata de un patrón cultural basado no en la dominación y el control, sino en la cooperación y la convivencia en la diversidad, lo que ciertamente sugiere la existencia concreta de un modelo de civilización y un modo de vida alternativo al patriarcado, allá en tiempos pretéritos que algunos tildarán de “primitivos”.

Hasta la fecha, no hay evidencia concluyente que permita afirmar que los antiguos habitantes de la isla de Creta sostuvieran conflictos bélicos con otros pueblos vecinos. Se sabe, sin embargo, que esta magnífica civilización desapareció del mapa hacia el siglo XII a. C. La civilización griega tomó entonces la posta, y conservó algunas pinceladas y reminiscencias del universo cultural precedente. Si bien es cierto que los griegos cambiaron a la diosa Tierra por el trono celestial del padre Zeus en el Olimpo, no dejaron de mirar a la isla de Creta en busca de sus orígenes. El propio Zeus, de acuerdo con el mito, habría nacido en Creta. Por lo demás, hay quienes señalan que al hablar de la Atlántida, aquella mítica civilización sumergida bajo el océano, el filósofo Platón estaba aludiendo a la civilización cretense, cuyo abrupto final habría sido ocasionado por un gran cataclismo producto de una gigantesca erupción volcánica en la isla de Thera, actual Santorini, en el mar Egeo.

Si regresamos ahora a los frescos de Cnosos, podemos advertir un último rasgo de interés. Y es que, además de cultivar un estilo suntuoso y consagrarse a la alegría de vivir, los cretenses parecen haber sido los precoces creadores de la moda unisex. Lo cierto es que para ellos la ropa no era un indicador indiscutido del género de quien la usaba. De hecho, se sabe que en su cultura se habría dado la tendencia al travestismo con fines rituales. En ciertas ocasiones las mujeres vestían los calzoncillos y el delantal, mientras los hombres usaban los largos vestidos con vuelos de las sacerdotisas. El intercambio de vestimenta era común en los juegos sagrados que se realizaban con toros —un deporte que, hasta donde se sabe, consistía en saltar gimnásticamente por encima de estos animales—, en los que participaban hombres y mujeres. Una evidencia de ello la encontramos en el siguiente fresco del palacio de Cnosos, donde se representan dos mujeres jóvenes (de piel clara) y un muchacho (de piel oscura), conforme a la convención ampliamente aceptada en el arte pictórico de la Antigüedad para distinguir hombres y mujeres:



Ceremonia del salto del toro (1450-1400 a. C.). En los extremos las mujeres (de piel clara) visten atuendo masculino.

A esta pintura se la conoce como el *Fresco de la taurocatapsia*, palabra griega que quiere decir “salto del toro”. Pero, quizás, tal nombre se queda corto. ¿Cómo llamar con exactitud a una práctica que incluye travestismo, *crossdressing*, exploración del cambio y la fluidez de género, todo ello en el marco de un deporte unisex, rito religioso y/o acto circense, practicado al mis-

mo tiempo por hombres y mujeres? Es posible que la escritura cretense, poco descifrada todavía, albergue algún vocablo propio para designar esta práctica. Pero también resulta plausible que los cretenses jamás se dieran el trabajo de buscar palabras para ello. Tal vez tampoco necesitaron una palabra para nombrar la paz. Sencillamente, porque todo esto que tanto asombro o desconcierto pueda provocarnos, para ellos bien pudo ser lo obvio, lo evidente, lo que no requería de palabras.

La Señora del laberinto

La historia más conocida sobre Creta es, sin duda, el mito griego del laberinto del rey Minos. El mito señala que en la isla habría existido una estructura enigmática compuesta por caminos sinuosos y enrevesados, verdaderos espirales que caracolean y parecen elevar al infinito el número de giros y contorsiones que hay que recorrer para llegar desde la entrada al centro. Los griegos sostenían, además, que en el centro del laberinto cretense vivía el Minotauro, monstruoso ser mitad hombre mitad toro, esperando devorar a todo aquel que se aventurara a conocer sus secretos.



Laberinto, antigua moneda cretense.

En aquel mismo mito los griegos imaginaron un paladín llamado Teseo que viajó hasta Creta con el propósito de desafiar al legendario rey Minos y derrotar al feroz Minotauro. ¿Cómo logró salir del laberinto? Pues gracias a una mujer llamada Ariadna, la hija del rey, quien le dio al héroe la clave para no extraviarse, a cambio de que este se convirtiera en su amante y la llevara con él hasta Grecia. Ariadna le aconsejó a Teseo amarrar el hilo de su madeja a la entrada del laberinto y llevarlo atado a su puño. Así, desenrollando el hilo a medida que avanzaba, pudo llegar hasta el aposento del Minotauro y lo mató a puñetazos. Tras esto, el héroe fue recogiendo el hilo por los intrincados recovecos del laberinto y pudo retornar sin problemas hasta el exterior.

Simbólicamente, se suele relacionar el laberinto con el camino existencial que recorre todo individuo, un camino que se desenrosca como una serpiente y que discurre en espiral desde el punto central uterino. Así, el feto enroscado en su bolsa amniótica más tarde se yergue y se despliega en su andar por el mundo para, al cabo, volver a encorvarse en la vejez y terminar replegado en la tumba, en la fosa común que es el vientre de la tierra, donde todo se funde y se recrea. Desde esta perspectiva, lo femenino nos aguarda tanto al principio como al final del camino de la vida; así somos arrojados de la madre a la vida para ser, al cabo, devueltos a la madre Tierra. De forma análoga, en el mítico laberinto de Creta la entrada es también la salida. Y Ariadna es quien aguarda en este umbral. No en vano se ha dicho que Ariadna puede ser una representación tardía de la Diosa madre cretense, a quien se suele denominar la Señora del laberinto. Ella es, indiscutidamente, la clave del mito, la única que puede introducir al hombre en el camino de la vida y también la única que puede mostrarle la salida.

Pero este mito griego (interminable y repleto de bifurcaciones como el propio laberinto) cuenta también que, tras salir victorioso de su prueba, Teseo no cumplió su promesa y, haciendo gala de una ingratitud colosal, abandonó a Ariadna en una isla perdida en el mar Egeo. Desde allí, Ariadna será rescatada por Dioniso, el famoso dios del vino a quien los griegos, a menudo, llamaban “el afeminado”. Pero esa es otra personalidad paradójica que más adelante conoceremos en profundidad.

El laberinto ideal debe ser una estructura emplazada en un lugar determinado y de dimensiones finitas, aunque su recorrido interno debiese ser potencialmente infinito. Por eso, a mi modo de ver, el laberinto ideal debiese ser semejante a la vida humana que es temporal y finita, no obstante las formas de vivirla son potencialmente infinitas. Hablo, por supuesto, de la vida humana entendida en un sentido no binario; una vida que se nos muestra muchísimo más generosa que una mera encrucijada de dos caminos, uno hacia lo alto y el otro al precipicio. La

vida que es generosa en caminos, inesperados giros y vericuetos, pero solo para quienes se atreven, en verdad, a recorrerla.

Quizás esta misma lógica laberíntica y no binaria nos permita interpretar la continuación del mito. Los griegos contaban que, tras haber retornado a su tierra luego de salir sano y salvo de la prueba del laberinto, Teseo ejecutó espontáneamente con sus camaradas marineros una alocada danza de sugerentes contoneos. Se dice que esta danza imitaba los senderos sinuosos del laberinto, de la entrada a la salida, del centro hacia afuera. Se dice también que dicho baile imitaba el cortejo amoroso de las grullas que anuncia el retorno de la primavera. Se dice, por último, que esta danza imitaba el baile ritual de las bellas sacerdotisas cretenses, como Ariadna. Lo cierto es que Teseo y sus danzarines amigos se entrecruzaban espontáneamente y entrelazaban los brazos. Daban sensuales giros en círculos concéntricos para luego volver a desatarse. ¿No será que, sin proponérselo, el varonil Teseo, feroz guerrero, el matador de minotauros, terminó afeminándose? Lo cierto es que en los mitos antiguos no es inusual que el honor de los patriarcas acabe rindiéndose a la dicha de comulgar con lo opuesto.

Teseo le dio la espalda a Ariadna, tal como la cultura patriarcal occidental lo haría con la lógica ambivalente de la Diosa madre. Sin embargo, el laberinto se ha trasladado al interior de las personas, a esa porción de nosotros mismos que se ha dado en llamar inconsciente. Y la Señora del laberinto acaso siga siendo el aspecto femenino que habita en el interior de cada hombre, aquello que Jung denominara el *anima*, la imagen arquetípica de la mujer en la psique masculina, así como el *animus* es el arquetipo masculino que reside en la psique femenina. Por supuesto, cada quien es libre de explorar su propio laberinto, aquel que conduce al propio mundo interior. Y puede que al ir desenredando la madeja acabe uno como Teseo: encontrándose con lo otro, lo que, se supone, es lo opuesto a lo que somos. Pero, ¿no es obvio que si lo que quieres es encontrarte lo primero que debas hacer sea perderte?

Inanna y nuestro origen andrógino

Antes de Creta, las primeras grandes civilizaciones humanas florecieron en la histórica región de Mesopotamia, ahí donde hoy en día se ubica la nación de Irak, en un tiempo en que lo divino no era todavía representado por un personaje masculino y supremo cuya residencia hubiera que buscar allá por los cielos y las altas cumbres. Se sabe, en cambio, que ya en el cuarto milenio antes de Cristo, los sumerios adoraban a la gran Diosa bajo el nombre de Inanna, a quien los acadios y los babilonios conocerían después con el nombre de Ishtar. Independiente, sin lazos conyugales, las fuentes más antiguas la muestran como la deidad principal, ni más ni menos que la “Gran señora del cielo y la tierra”.

Según la antigua creencia sumeria, la diosa asomaba diariamente en el cielo bajo la forma del lucero Venus; por lo tanto, hacía su aparición dos veces durante la jornada, destacando como la luz más brillante de la aurora y del ocaso. Asimismo, Inanna/Ishtar era considerada la diosa de la luna y abarcaba sus fases oscuras y luminosas. Era la luna menguante y creciente, lo destructivo y lo creativo. Se la veía brillar en lo alto del cielo, pero también descendiendo al tenebroso inframundo, al reino de los muertos. En realidad, míresela por donde se la mire, Inanna siempre se aparece como una paradoja.

En las tablillas de arcilla que hasta hoy no cesan de aparecer en la arena del golfo Pérsico, los sumerios, a quienes debemos la invención de la escritura, dejaron anotado todo cuanto les interesaba. Y, sin duda, el carácter paradójico de la diosa les fascinaba. Estas fuentes presentan a Inanna como la diosa de la fertilidad, la maternidad y el amor sexual, semejante a Afrodita para los griegos y a Venus para los romanos. Pero esta Venus tenía doble cara. Sus modales solían ser varoniles y, para referirse a ella, se hablaba incluso de la diosa barbada.

“Aunque soy una mujer —decía Inanna—, soy un noble jovencito”.



Inanna/Ishtar.

¿Era Inanna una mujer? ¿Era Inanna un hombre? Escribo estas preguntas consciente de que nuestro aprendizaje cultural suele predisponernos a preguntarnos tales cosas, porque asumimos sin más que todo el mundo, dioses incluidos, debiese definirse por un camino u otro. Pero de seguro los sumerios jamás intentaron dilucidarlo. ¡Quién lo sabe! —contestarían ellos—. ¡Y a quién le importa! Lo cierto es que Inanna era irresistible y todo el mundo caía a sus pies. De modo que sencillamente habría que asumir que Inanna era tanto hombre como mujer. Lo que equivale a decir que la máxima divinidad de la antigua Mesopotamia era andrógina, fusión del hombre (*andro*) y la mujer (*gyne*). Una entidad ambigua capaz de sortear los límites entre los sexos y participar de una doble naturaleza, a la vez femenina y masculina.

No es de extrañar que nuestra noción de género, normativa y binaria, haga cortocircuito con cada nuevo aspecto que vamos descubriendo en esta deidad mesopotámica. Y es que si, como se ha dicho, el orden patriarcal se basa en la separación y jerarquización drásticas de la masculinidad y la feminidad, la androginia viene a unir ambas partes creando una entidad mixta o híbrida. De ahí que el andrógino sea una imagen deslumbrante que el patriarcado difícilmente ha podido digerir, por lo que usualmente la rechaza como algo directamente “contra natura”.

Sin embargo, como se sabe, la naturaleza no se contenta con atenerse a las dos posibilidades morfológicas con las cuales nuestro imaginario cultural ha dibujado los márgenes de los cuerpos posibles. Hay también personas intersexuales que nacen con una anatomía reproductiva o caracteres sexuales —genitales, gónadas y patrones cromosómicos— que combinan características masculinas y femeninas al mismo tiempo. Y

aunque la intersexualidad es una variante perfectamente natural en el ser humano, rara vez es pensada en nuestro mundo contemporáneo más que como una anomalía que debe ser corregida mediante prácticas mutiladoras o normalizadoras.

Se sabe, no obstante, que otras culturas no se privaron de imaginar y representar cuerpos ambiguos, a los que, incluso, les otorgaron un carácter sagrado, considerándolos nada menos que la imagen más ajustada de la plenitud. De hecho, el mito del origen andrógino de los seres humanos se reitera en diversas civilizaciones. Está también presente en las culturas greco-latina y hebrea, las vertientes principales que nutren nuestro imaginario cultural patriarcal occidental.

Es el caso de un conocido pasaje del famoso diálogo *El banquete*, escrito por el filósofo griego Platón, donde se muestra una conversación que gira en torno al amor y sus variedades humanas. En este diálogo Platón pone en boca del genial comediógrafo Aristófanes un extraordinario relato de los felices orígenes, de una edad dorada cuando convivían tres géneros humanos, los ancestros remotos de la humanidad posterior. Por entonces, dice Aristófanes, existía el ser masculino y el ser femenino. Pero había también un tercero, un enigmático híbrido de ambos géneros, llamado “andrógino”. Todos estos seres resaltaban por su excepcional vigor y poseían un cuerpo esférico, con dos caras contrapuestas, cuatro orejas, cuatro brazos, cuatro piernas y dos órganos genitales. De modo que estos seres originales eran dobles: unos eran hombre-hombre, otras mujer-mujer y *otras* hombre-mujer. Redonditos y felices, a ninguno le faltaba su media naranja y se lo pasaban de lo más bien.



Andrógino (Crónicas de Núremberg), 1493.

Pero, como es común en los mitos que hablan de una plenitud o entereza original, una calamidad no debía tardar en aguar

la fiesta. Se dice que estos primeros humanos, que eran dos seres en uno, menospreciaron y desafiaron a los dioses olímpicos (¿o es que acaso alguno los necesitaba?). Debido a ello, fueron castigados por Zeus, quien decidió partarlos con su rayo y muy astutamente aumentar el número de sus adoradores, duplicándolos. Acerca de estos seres condenados a la desmembración, Aristófanes dice que cada mitad “hacía esfuerzos para encontrar la otra mitad de que había sido separada; y cuando se encontraban ambas, se abrazaban y se unían, llevadas del deseo de entrar en su antigua unidad, con un ardor tal, que abrazadas perecían de hambre e inacción, no queriendo hacer nada la una sin la otra”.

Como se aprecia, este mito ilustra bellamente el origen de tres orientaciones sexuales: la homosexualidad, el lesbianismo y la heterosexualidad. Pero también nos pone frente al origen de



El andrógino, según Platón.

nuestro desgarramiento, que es también la raíz de nuestras angustias y deseos, de nuestra soledad y nuestra ineludible necesidad del otro, a quien a veces nos allegamos desesperadamente en busca de salvación. Con ello comenzaría también el calvario del ser humano, su distanciamiento y sumisión a dioses altísimos como Zeus, quien nos partió con su rayo para que fuéramos

entidades incompletas, para que no fuésemos más que un puñado de hombres y mujeres repartidos por el mundo.

Podría decirse, de hecho, que Zeus castiga a los seres humanos para sentirse más seguro de sí mismo, más confiado en su propia autoridad y omnipotencia. Al mutilar a la humanidad original y acabar con los andróginos, el dios del rayo produjo seres carenciados y anhelantes que tornarían luego a mirar al cielo por sentirse desgraciados y caídos. En rigor, sin

esta humanidad caída, un dios que reine en los cielos resulta inconcebible.

De manera análoga al mito del andrógino de Platón, es posible advertir la presencia de una androginia primordial del ser humano en el primer relato de la creación de Adán que se lee en el Génesis hebreo. Antes de contarnos el archiconocido cuento de la costilla, el texto bíblico dice: “Creó Dios al hombre a imagen suya, macho y hembra los creó”, lo que, de acuerdo con algunas interpretaciones rabínicas, indicaría que el primer individuo humano contenía en sí al macho y la hembra sin distinción.

Siguiendo esta línea interpretativa, la tradición hebrea expuesta en el *Zohar* alude explícitamente a la ambigüedad y la androginia de los ángeles, como característica de estos seres privilegiados y elegidos de Dios, quienes tienen “figura de hombre, figura de león, figura de buey y figura de águila”. Añade el *Zohar*: “Por «figura de hombre» la Escritura quiere decir figura del macho y la hembra juntos”. De lo anterior se sigue que, al igual que Zeus, el dios hebreo Yahveh habría decidido privar a la humanidad de su entereza o plenitud original, en este caso, mediante su expulsión del Edén. Hombres y mujeres estamos impedidos de participar del estado de beatitud propio de los ángeles, vale decir, de aquellos seres andróginos que gravitan inmediatamente alrededor de Dios en las esferas celestiales.

Sin embargo, cuando florecieron las primeras civilizaciones en Mesopotamia los tronos de los dioses del patriarcado no habían sido aún edificadas en las cumbres celestes. Sencillamente, todavía no había necesidad de hacerlo, pues tampoco había tronos que eternizar sobre la Tierra ni ejércitos para defenderlos. No había, por tanto, necesidad de apelar a un Dios padre-autoritario con el fin de justificar un orden jerárquico de mundo sobre la base de un mítico desgarramiento original, ni se establecía, recurriendo a esa misma efeméride mítica, una drástica oposición y desigualación de lo humano y lo divino y

del hombre y la mujer. Por el contrario, las culturas mesopotámicas concibieron una diosa en cuyo cuerpo se difuminaban los límites del hombre y la mujer, se borraban las barreras materiales y mentales entre estas dos partes aparentemente opuestas, las que quedaban fundidas en una sola, con toda la ambigüedad de lo no binario, de lo no clasificable. Y, como veremos a continuación, esta misma divinidad andrógina mostraba el camino para que los humanos pudiesen recuperar aquella perdida integridad original.

La prostitución sagrada

En los textos cuneiformes sumerios la propia Inanna se presenta diciendo: “Cuando me siento en la taberna soy una mujer, pero verdaderamente soy un joven exuberante (...). Verdaderamente, soy una prostituta que conoce bien el pene. El amigo de un hombre, la amante de una mujer”.

Debemos acostumbrarnos a la versatilidad y extraordinaria fluidez con que Inanna recorre los ámbitos más opuestos. Así, la diosa consigue saltar sin problemas de la mujer al hombre, del cielo a la tierra, de la tierra al inframundo, del altar a la taberna, de la diosa a la prostituta. De hecho, en su faceta de diosa del sexo y la fertilidad, Inanna también fue adorada como la gran “prostituta del cielo”. Se sabe, además, que las sacerdotisas sumerias representaban a la diosa ejerciendo la llamada prostitución sagrada. Naturalmente, la prostitución sagrada es un fenómeno que, apenas se lo nombra, escapa a nuestra comprensión debido, en buena medida, al carácter eminentemente alienante y mercantil que ha adquirido la prostitución en las diversas fases del desarrollo del patriarcado. De hecho, la etimología de la palabra “prostituta”, del latín *prostituere*, ya contiene un sentido mercantil: *pro* significa “adelante”; *stature* significa “parado” o “colocado”. Podemos imaginar a la prostituta como aquella mercancía vistosa, el objeto más llamativo que se ponía adelante y bien a la vista, para ser vendido en los

antiguos mercados, en una transacción no consentida por la legítima dueña del cuerpo comercializado.

Es cierto que, a medida que el patriarcado fue ganando terreno en Mesopotamia, la figura de la prostituta sagrada se fue degradando hasta quedar reducida a una esclava sexual o una mercancía. A esta transformación habría contribuido la estratificación de clases y la regulación estricta de la sexualidad de las mujeres aristócratas, junto con la introducción paralela de la prostitución comercial. Sin embargo, las fuentes más arcaicas que hablan de los cultos a Inanna/Ishtar sugieren una manera radicalmente distinta de entender tanto la prostitución como la sexualidad.

De hecho, si queremos aproximarnos al fenómeno de la prostitución sagrada es más preciso emplear el término griego “hieródula” (es decir, sirviente de lo sagrado) para referirnos a la sacerdotisa de Inanna. Desde la época sumeria, encontramos a la hieródula asociada a los servicios religiosos del templo de la diosa, un sitio donde sexo y culto estaban indisolublemente ligados.

Dentro de los ritos asociados a Inanna/Ishtar el acto sexual era considerado sagrado, pues a través de él se traía la vida al mundo. Pero el sexo, en su variante heterosexual, no era sencillamente valorado por su capacidad reproductiva, en especial si se trata de reproducir varones, como lo será luego con el advenimiento del patriarcado. El sexo como rito sagrado era fundamentalmente un acto participativo, que involucraba la disposición de los feligreses a entregarse completamente al instinto sexual bajo la dirección de la hieródula, con miras a lograr la fusión con la divinidad y hacerse parte de las fuerzas generadoras del cosmos y la naturaleza.

Lejos de ser considerada un “objeto sexual” para satisfacer al hombre, la hieródula era la representante de la diosa sobre la Tierra, aquella que canalizaba la energía divina y era capaz de brindar el éxtasis. Pero aquí el éxtasis debe entenderse en el sen-

tido original de la palabra, es decir, “salirse de uno mismo”. Así, la unión sexual con la hieródula daba la posibilidad de transitar más allá de una situación particular, de aventurarse más allá de la estrecha prisión del propio cuerpo y la propia mente.

Dicho sea de paso, la búsqueda de lo divino siempre se juega en la posibilidad de abrazar lo otro, de dejarse arrebatado o raptar por lo otro. ¿Cómo se puede experimentar lo divino si no se es capaz de salirse del propio mundo y rebasar los propios límites? En ello coinciden las más castas pesquisas espirituales con la disolución de los propios contornos que tiene lugar en todo acto sexual humano, incluyendo el apretujamiento y confusión de los cuerpos de una orgía. En tiempos pretéritos, la prostitución sagrada propiciada por la diosa fue considerada una actividad tan santa como lo que posteriormente sería llamado el amor de Dios. Con la diferencia de que el sexo y el cuerpo eran también bienvenidos como elementos imprescindibles de esta búsqueda de lo divino.

En los templos de la antigua Mesopotamia el acto sexual era sagrado, pues equivalía a la unión con la propia diosa. Así, más allá del hombre y de la mujer, entendidos como individuos aislados e incompletos, aparecía lo divino entendido como esa totalidad dinámica y contradictoria de la vida expresada en la androginia de Inanna/Ishtar. En un himno a la diosa es ella quien nos dice: “Yo convierto al hombre en mujer. Yo convierto a la mujer en hombre. Yo soy la que engalana al hombre a la manera de la mujer; yo soy la que engalana a la mujer a la manera del hombre”.

Con estas palabras Inanna nos deja bien claro que el género era uno de los rubros que podía manipular a su antojo. Y, desde luego, esta posibilidad de transitar entre lo masculino y lo femenino era la cuestión más bendita. El mayor don que podía otorgarnos la diosa era la oportunidad de asemejárnosle, para lo cual precisaba transformar al hombre en mujer y a la mujer en hombre. Sin duda, las personas que se dejaban arrebatadas por

Inanna/Ishtar debían ser capaces de sortear los límites y aventurarse más allá del propio mundo y la propia identidad. No parece para nada inarmónico, entonces, y sí muy consecuente, que el culto a la diosa mesopotámica propiciara el intercambio de roles de género entre hombres y mujeres con fines rituales. Asimismo, es probable que este culto cobijara durante mucho tiempo a individuos de género fluido, acaso los más capacitados para experimentar el éxtasis, en la confusión de los propios límites y el goce de una doble naturaleza, a la vez masculina y femenina.

Aunque nuestra actual visión del sexo no tenga ni el más remoto parentesco con las prácticas referidas, sigue siendo razonable la apertura que supone la posibilidad de entrelazar los opuestos de lo femenino y lo masculino. En el fondo, la diosa andrógina nos invita a entender que ambos aspectos son igualmente necesarios para alcanzar una comprensión profunda de la realidad que nos rodea, una realidad donde, querámoslo o no, toda identidad se fuga constantemente de sí misma y no hay cuerpo que sea estático o definitivo.

Una marcha LGBTQ+, cinco mil años atrás

Si pudiéramos remontarnos en el tiempo y participar en un festival religioso sumerio en honor a Inanna, tendríamos que salir de casa justo antes del atardecer, cuando la estrella vespertina comienza a encenderse. Al atravesar el umbral nos aguardaría una avalancha de danzantes que se contonean por la ciudad entonando un hermoso himno dedicado a la gran diosa:

*El pueblo de Sumeria en procesión ante ti (...)
toca los dulces tambores,
toca el tambor sagrado y los tímpanos,
digo "¡Salve!" a Inanna, ¡gran señora del cielo!*

Si nos fuese concedido confundirnos con aquella multitud de hace cinco mil años, tendríamos que ir vestidos especial-

mente para la ocasión. Pues, como se lee en este mismo himno, los seguidores de Inanna marchan en un colorido desfile, que a nosotros podría parecernos similar a un carnaval urbano o un desfile de la comunidad LGBTQ+, con muchas personas disfrazadas que se toman las calles, danzan al ritmo de tambores y muestran sin pudores su diferencia. Así prosigue el himno a la diosa:

*Los prostitutas peinan su cabello.
Decoran sus nuca con pañuelos multicolores.
Se engalanan con los mantos de los dioses sobre sus hombros.
El hombre y la mujer virtuosos marchan ante ti (...)
Las mujeres adornan su lado derecho con ropajes de hombre (...)
Los hombres adornan su lado izquierdo con ropajes de mujer (...)*

Este himno suele verse como un reflejo de las *performances* que realizaba la comparsa de la diosa sumeria. En particular, algunos intérpretes se han detenido en el travestismo ligado a los devotos y al personal de culto de Inanna/Ishtar. Desde luego, no podemos excluir la posibilidad de que los hombres y mujeres de Sumeria practicaran un travestismo ritual y hasta recreacional, específicamente para el propósito de la celebración. No obstante, entre los devotos de la diosa es posible buscar evidencia de vidas vividas fuera de los estrechos marcos del género binario patriarcal.

En particular, la presencia de “prostitutos” o “hieródulos” sugiere que en estos ritos participaban hombres que no solo gustaban de travestirse ocasionalmente, sino que verdaderamente asumían roles femeninos o andróginos en su identificación con la diosa. Estos sacerdotes, conocidos como *kurgarra* y *gala* (también como *assinnu*), se habrían caracterizado por emplear nombres femeninos y se dice, incluso, que se comunicaban en *eme sal*, un dialecto secreto que era de uso exclusivo de las mujeres sacerdotisas. Asimismo, al examinar las fuentes mesopotámicas algunos autores relacionan a estos “hieródulos”

con individuos de sexo indiferenciado que habitaban el templo de la diosa, a los que suelen calificar de “eunucos” o “sacerdotes varones castrados”. Sin embargo, ¿no parece absurdo que miles de “hombres” se sometieran voluntariamente a la castración para luego vivir como mujeres sacerdotisas el resto de su vida? En particular, tiendo a creer que bajo esta denominación de “eunucos” o “sacerdotes varones castrados” del culto a Inanna/Ishtar se esconde la presencia de mujeres trans que encontraban en la devoción a la diosa un espacio para desarrollar libremente su identidad.

Los buscadores de infinito

Es probable que estos misteriosos personajes del culto a la diosa mesopotámica hayan desempeñado un papel similar al del *berdache* entre los nativos norteamericanos y las *hijras* en la sociedad india. Les *berdaches* son personas trans pertenecientes a pueblos indígenas norteamericanos como los zuñi y los hopi, cuyas culturas persisten hasta la actualidad. También se les conoce como “dos espíritus”. Se trata de personas de sexo masculino que suelen vestir ropas de mujer, bien sea porque abrazan una identidad femenina o bien porque desean mostrar una identidad mixta o liminar. Así también, hay *berdaches* de sexo femenino que asumen vestimentas y roles masculinos, como guerreras o cazadoras. De modo consecuente, los mitos transmitidos por estos pueblos reservan un espacio para otras identidades de género que escapen al binario hombre/mujer.

Un buen ejemplo lo hallamos en un mito zuñi que narra la historia de una batalla entre dos bandos de espíritus, unos agrícolas liderados por hombres y otros cazadores liderados por una mujer guerrera. Durante la batalla, este último bando consigue



Retrato de We'wha (1849-1896), “dos espíritus”, miembro de la comunidad zuñi.

capturar a tres espíritus, entre ellos, la Ko'lhamana, un espíritu de la naturaleza que, como veremos, es un representante divino de les *berdaches*. Al advertir que este espíritu (originalmente masculino) se mostraba demasiado rebelde, la mujer guerrera decide ataviarlo con un vestido femenino y le dice: “A lo mejor, así te mostrarás menos agresivo”. El vestido surte efecto y finalmente la Ko'lhamana se transforma en una mediadora entre los agricultores y los cazadores. Bajo la influencia de su sutil diplomacia, los bandos opositores consiguen acordar la paz.

Cada año los zuñi conmemoran este acontecimiento mítico para celebrar la aparición de las personas “dos espíritus”, pues ello significó un progreso para su pueblo. En las ceremonias religiosas zuñi una persona *berdache* encarna a la Ko'lhamana llevando un arco —objeto relacionado con al ámbito masculino— en la mano. La mitad de su cabeza está peinada con el moño utilizado por las mujeres, en tanto la otra mitad mantiene el cabello largo y suelto, como lo llevan los hombres zuñi.

Así como los “dos espíritus” entre los nativos norteamericanos, en la India las *hijras* suelen desempeñar un importante papel religioso. Ni travestis ni hermafroditas, las *hijras* son, en realidad, personas transgénero o sencillamente individuos en tránsito, por lo general, de lo masculino a lo femenino. Este tránsito tradicionalmente concluye con una ceremonia llamada *nirvan* (o renacimiento), que comúnmente va ligada a la castración voluntaria. Vale la pena destacar que hasta la actualidad las *hijras* constituyen una variante de género reconocida en la India y gozan de gran consideración social por su dedicación al culto del dios Shiva. También cabe mencionar que el propio Shiva muchas veces es representado bajo un aspecto andrógino, fusionado con su pareja, la diosa Kali (o Parvati). Mitad hombre y mitad mujer, esta divinidad andrógina recibe el nombre de Ardhanarishvara.

En la tradición hinduista, el origen sagrado de las *hijras* puede rastrearse en más de un episodio mítico. Por ejemplo, el *Mahabharata*, la gran epopeya de la India, menciona un episodio

en que el héroe Arjuna, un famoso príncipe y guerrero, es despojado de su falo y convertido en un eunuco por la ninfa Urvashi, bailarina y cortesana del cielo. Sucede que, ante los avances e insinuaciones de Urvashi, Arjuna se hacía el difícil. Sorprendida, la ninfa se vio obligada a reiterar varias veces su oferta. Nunca ningún hombre había rechazado su invitación a disfrutar. “¿Por quién me tomas?”, le dijo Urvashi al desganado Arjuna, “¡Es un regalo del cielo!”. Pero, obstinado, Arjuna se excusó nuevamente diciendo que, para él, ella era como una madre. Gran error. Eso no se le dice a una joven y sensual bailarina celestial. Encolerizada, Urvashi maldijo al héroe con la pérdida de su virilidad durante un año.



Ardhanarishvara, divinidad hindú que fusiona las mitades de Shiva y Parvati.

El episodio desemboca, además, en el exilio del desdeñoso Arjuna, no obstante, se tratará de un destierro feliz. Al verlo convertido en eunuco, Indra, el divino padre del héroe, le dice: “¡Eso no es una maldición sino una bendición para ti! Aprovecha y vive de incógnito por un año”. Siguiendo el consejo paterno, Arjuna adopta una apariencia femenina para no ser reconocido en su destierro y va a parar a los dominios de un rey extranjero que le brinda hospitalidad. Más que resignado, diríase incluso que totalmente dichoso y empoderado de su feminidad, Arjuna se pasa un año entero enseñando a las mujeres de la corte a cantar y a danzar. Indra no se equivocaba. La vida de incógnito le sentaba muy bien a su retoño. A veces, hasta el más feroz de los guerreros necesita desvestirse de su hombría y tomarse unas vacaciones de sí mismo.

Como las personas “dos espíritus” y las *bijras*, los personajes de género indeterminado que menciona el himno a Inanna también tenían su equivalente divino en la antigua Mesopotamia. Su reflejo mítico lo hallamos en un precioso relato su-

merio que habla del descenso de Inanna al inframundo. Dicho sea de paso, este es el viaje infernal más antiguo que se conoce. Nótese, además, que el descenso infernal de la diosa rima tanto con el ciclo lunar como con la desaparición de Venus en el lapso en que se desvanece como estrella matutina y vuelve a encenderse al caer la noche. Como la luna y como Venus, Inanna muere y renace desde su propia oscuridad. De modo semejante, en todas las versiones del mito Inanna es capturada por Ereshkigal, su doble opuesto, que ejerce el cargo de reina oscura del inframundo. Mientras la diosa se hunde en el infierno, la vitalidad y el erotismo se desvanecen sobre la faz de la Tierra. Así lo describe el mito: “El toro no monta a la vaca, el burro no se inclina sobre la burra, el hombre duerme en una habitación aparte, la mujer duerme sola”. El mundo no solo se ha tornado estéril. Ahora es también un lugar sombrío y melancólico.

Pero, por fortuna, esto no dura demasiado. Dos emisarios, precisamente dos “hieródulos”, un *kurgarra* y un *gala*, llegan a remediar la situación. Estos personajes logran rescatar a Inanna tras engañar a su raptora. Finalmente, consiguen revivir a la debilitada diosa alimentándola con comida y agua de la vida. Así, Inanna renace y el erotismo se restablece en el mundo gracias a la oportuna ayuda de estos personajes enigmáticos y poderosos, que parecen habituados a transitar entre este mundo y el otro.

¿Qué rol desempeñaban, entonces, los “hieródulos” que encabezaban la procesión a Inanna? Sin duda, un rol espiritual de vital importancia. Está claro que no cualquiera tiene la ocasión de entrar y salir del reino de los muertos. En eso coinciden los más diversos mitos y religiones a través del tiempo y el espacio. Todo parece indicar que hay que encarnar un tipo muy particular de ser humano para emprender este tipo de aventuras peligrosas.

Sin ir más lejos, los personajes centrales de las religiones que predominan hoy en el mundo, como Cristo o Mahoma, tuvieron también su tránsito por el mundo infernal de los muertos y renacieron de las tinieblas (si quien lee estas líneas es cristia-

no-católico, recomendando recitar el Credo y recordar el tránsito sagrado de la Pascua). Según yo lo veo, en esta misma categoría cabría situar a *kungarras*, *galas*, “dos espíritus” y las *hijras*. Es decir, junto a los magos, chamanes y profetas de todo tiempo. A la par de aquellos personajes en tránsito, en el más amplio y generoso sentido del término.

Mircea Eliade, el gran historiador de las religiones, describía a los chamanes como los “señores de los tres mundos”: el mundo de los vivos, el de los muertos y el de los dioses. Se trata de individuos fuera de lo común, pues están dispuestos a sortear todos los límites, por peligroso que sea. De ahí que el espíritu chamánico sea fluido, curioso e inconformista.

Si se mira con atención, es posible notar que la situación existencial concreta por la que deben atravesar las personas trans hoy en día, vale decir, su tránsito por los mundos diversos y aparentemente infranqueables de lo masculino y lo femenino, se corresponde con la inquietud existencial que mueve a los chamanes y buscadores de infinito a lo largo del tiempo y las culturas. En todo tránsito hay siempre una muerte seguida de un renacimiento. Algo que despedir y algo nuevo que saludar. Asimismo, esta andadura espiritual es siempre dura y el camino está plagado de incomprensiones y peligros.

El chamanismo mapuche también presenta una variante de género fluido, atestiguada desde temprano en la crónica *El cautiverio feliz*, de 1673. En ella el criollo Francisco Núñez de Pineda describe su experiencia como prisionero de los mapuche y se refiere a ciertos hechiceros machi que recibían el nombre de “hueies”, a quienes considera semejantes a Lucifer “en sus facciones, talle y traje”. Para los occidentales ojos de este cronista dichos personajes no podían ser otra cosa que “putos” y debían ser tenidos por viles “por acomodarse al oficio de mujeres”. Tal incomprensión y prejuicio reaparece en tiempos más recientes. Probablemente, pocas personas en Chile recuerden el caso de Marta, una machi que se identificaba como mujer pero tenía

apariencia de hombre y que en 1995 fue encarcelada, acusada falsamente de homicidio. El caso fue cubierto por la prensa de la época y nadie dudó en calificarla de “desviado sexual”, “brujo peligroso” e “indio incivilizado” únicamente porque su intrigante forma de ser desafiaba las normas sociales y de género chilenas-occidentales. Pues bien, Marta reclamaba para sí el título de la *machi weye*, es decir, de aquella figura que, en la tradición mapuche, ostenta el poder de viajar entre los mundos y, al mismo tiempo, oscila entre los polos masculino y femenino, combinando comportamientos, vestimentas y estilos de hombres y mujeres.

Pero la fluidez de género como atributo prestigioso y poderoso penetra la propia tradición patriarcal occidental. Probablemente, uno de los chamanes más destacados de Occidente sea el anciano Tiresias, el célebre adivino ciego de la cultura grecolatina, personaje habitual de cientos de relatos, el mismo anciano que ayuda a Ulises/Odisseo a adentrarse en el reino del infierno, el mismo que se encarga de darle las malas noticias a Edipo haciéndole ver que mató a su padre, se casó con su madre y resulta que también es tío y papá de sus hijos-hermanos. Lo que interesa destacar aquí es que Tiresias, el adivino acostumbrado a sortear con facilidad las barreras del tiempo, también fue famoso por sus cambios de género.

Varios mitos presentan a este sabio viejecillo transitando de hombre a mujer, y viceversa. Un relato señala que un día el sabio hombre tropezó con dos serpientes entrelazadas y, al intentar separarlas con su bastón, hirió a una de ellas. En el acto, Tiresias se transformó en mujer. Siete años más tarde, volvió a encontrarse con las mismas serpientes acopladas y, al repetir el mismo gesto, recobró su apariencia masculina. Durante su vida como mujer se dice que Tiresias habría sido una célebre prostituta.

Otro relato, contado por el escritor romano Ovidio, abunda en detalles sobre el origen de la ceguera y las artes adivinatorias de Tiresias. Dice Ovidio que en una ocasión Zeus y su esposa,

la celosa diosa Hera, debatían acaloradamente acerca de cuál placer sexual era más excelso, si el del hombre o el de la mujer. Como no llegaban a acuerdo, resolvieron acudir a Tiresias. ¿Quién sino él sabría la respuesta? Después de todo, los dioses olímpicos estaban al tanto de los rumores que se corrían sobre su tránsito por ambos sexos. De acuerdo con el mito, Tiresias habría respondido, con total conocimiento de la causa, que en el acto sexual la mujer obtiene más placer que el hombre. Irritada al ver desvelado el secreto de las mujeres, la diosa Hera le habría castigado con la ceguera, en tanto que Zeus, en compensación, le habría otorgado el don de la profecía y de la longevidad.

Lo cierto es que, en todo lugar donde se los encuentre, los chamanes o buscadores de infinito son personalidades ambivalentes y en constante metamorfosis. Siempre se trata de personas dotadas con la capacidad de transitar por todas las esferas, incluida la de los sexos y, por lo tanto, de atesorar sabiduría. Y es en ello, justamente, donde radica su gran prestigio y su poder: quien ha transitado por los confines de los mundos siempre sabrá algo que probablemente tú y yo desconocemos, sobre todo si tú y yo jamás hacemos siquiera el intento de asomar nuestras cabezas afuera del mundo que, se nos dice, nos corresponde.

*

Si, tras haber saltado por tantos mundos, regresamos una vez más a Sumeria, allá por el tercer milenio antes de Cristo, acaso podamos entender mejor el espíritu que animaba a aquella travestida muchedumbre que llenaba las calles en procesión ante Inanna, la diosa andrógina. Es probable que la gran mayoría no integrara oficialmente el personal del culto, no fueran ni hieródulas ni hieródulos de tiempo completo. Sin embargo, cada vez que se presentaba la ocasión, asumían felices la extravagante y ambigua solemnidad del rito, buscando acaso satisfacer aquella sed de infinito que aun hoy no nos abandona del todo, aquel

anhelo, tan humano, que lleva a trasponer los límites y romper las oposiciones categóricas.

Incluso, a medida que el patriarcado fue consolidándose en Mesopotamia, trayendo consigo su cosmovisión binaria y jerárquica, el culto a la diosa andrógina siguió operando como un mundo aparte, autorizando trasgresiones, licencias y todo tipo de excesos al amparo de lo sagrado. Aun cuando la estratificación de clases se convirtió en una realidad cotidiana, el templo siguió siendo el espacio sagrado, un verdadero contramundo, donde las oposiciones se disolvían y lo alto se confundía con lo bajo. Las fuentes antiguas sugieren que el fervor por la diosa andrógina lograba derribar las distinciones socioeconómicas y de género. Así, por ejemplo, un proverbio babilónico dice: “A las órdenes de Ishtar, la esposa del noble recibe un mal nombre”.

De esta manera, comulgar con la diosa y con todo lo que ella involucraba —la ambigüedad sexual, el travestismo, la androginia, la inversión de los roles de género y las jerarquías— permitía a las personas que participaban del culto regresar a la vida ordinaria provistas de otra mirada, una mirada más lúcida, capaz de adentrarse en la naturaleza compleja de la vida. Una forma de habitar el mundo que la estrecha mirada del patriarca —esa que hace pasar su rígida ley por “genuino orden”— ha sido siempre incapaz de discernir.